

HOMENAJE A BENITO PÉREZ GALDÓS (Parque de El Retiro, Madrid, 7 de mayo de 2006)

Afirman las crónicas que Benito Pérez Galdós nunca hablaba de su infancia ni de su juventud. En realidad, don Benito casi nunca hablaba de sí mismo. Quizá porque creía que su obra era mucho más importante que su vida. Por esta razón, sabemos poco de sus primeros veinte años, es decir, desde su nacimiento en 1843 hasta su salida de Las Palmas en 1862, tras acabar sus estudios de bachiller. Respetando sus gustos, no hablaremos hoy de su vida. Señalaremos simplemente que nació y vivió en la que desde 1964 es Casa Museo dedicada al escritor, en la calle Cano de Las Palmas, y que estudió en el entonces llamado Colegio de San Agustín, hoy Instituto Canarias Cabrera Pinto, situado en el Centro Histórico de La Laguna, entorno declarado por la UNESCO Patrimonio de la Humanidad. Precisamente ahora se cumplen los 160 años de la fundación de esta ilustre institución y la Dirección General de Patrimonio Histórico, el Ayuntamiento de La Laguna y otras numerosas entidades están colaborando activamente en este aniversario.

El Instituto Canarias Cabrera Pinto y la Casa Museo Pérez Galdós constituyen el patrimonio histórico material relativo a Pérez Galdós que conservamos en Canarias. Si el primero es un referente obligatorio para intentar comprender la educación que recibió en escritor, la Casa Museo es un centro de continua actividad, situado en el casco histórico de Triana –también propuesto junto con Vegueta como Patrimonio de la Humanidad UNESCO- que tiene como principales objetivos reunir y conservar el patrimonio documental galdosiano, estimular la lectura y la investigación sobre la obra de Pérez Galdós en sus contextos histórico, literario y artístico y difundir el pensamiento y la literatura del autor. A estos lugares, que fueron escenarios de la vida del escritor, hay que añadir aquéllos dedicados a su memoria y que suponen un homenaje del pueblo canario a uno de sus ciudadanos más universales: el emblemático el Teatro Pérez Galdós, las calles y plazas de distintos municipios que llevan su nombre o la estatua realizada por Pablo Serrano que se encuentra en el centro de Las Palmas.

Pero junto a este patrimonio físico, los canarios nos consideramos depositarios y albaceas de otro de índole intangible pero tan importante o más que el anterior: la memoria y el

ejemplo de un intelectual cuya obra sigue siendo valiosa y actual un siglo después de su escritura.

Galdós es novela. Aunque escribió muchas otras cosas, hablar de don Benito es reflexionar sobre ese género literario y reconocer que su obra está a la altura de las creaciones de los considerados grandes escritores realistas europeos, Balzac, Flaubert, Dickens o Tolstoi, con quienes compartió unos presupuestos estéticos y a quienes superó, entre otros motivos, por vivir un momento histórico y personal diferente.

Galdós escribió su primera novela, *La Fontana de Oro*, en 1870, cuarenta años después de que *Sthendal* publicara la que suele considerarse la primera gran novela realista europea, *Rojo y Negro*. Entre 1832 y 1847, Balzac escribió su *Comedia Humana* y fue en 1857 cuando Flaubert dio a la luz *Madame Bovary*. Galdós, por tanto, es realista en España cuando en Europa triunfa el simbolismo y una nueva concepción del arte alejado de la realidad y de la emoción del individuo. España iba con retraso (lamentablemente, no sólo literario): cuando triunfa la revolución burguesa de 1868, Europa está ya de vuelta y la burguesía ultraconservadora ha instaurado regímenes reaccionarios: el Kaiser Guillermo, en Alemania, o la reina Victoria, en Inglaterra. Galdós vive ambos anacronismos, el estético y el político social, y por eso su forma de hacer literatura varía y es, en ese sentido, contra lo que podría esperarse, más moderna.

Galdós supera el anacronismo estético ampliando el concepto "realismo". En su discurso de ingreso en la Real Academia, 1897, titulado "La sociedad presente como materia novelable", propone reproducir no sólo la realidad aparente y observable, sino retratar también el alma porque también ella compone lo humano. Por eso, introduce elementos casi psicoanalíticos en la construcción de personajes (pensemos en los sueños de Fortunata, verdaderas revelaciones de su mundo interior, mundo éste tan real como el de la propia apariencia). Por otra parte, utiliza con maestría todo tipo de técnicas narrativas que permitan sacar a la luz esa realidad oculta del personaje, cada vez más autónomo, superando la tradicional omnisciencia, siendo un maestro del estilo indirecto libre y llegando a usar, en la década de los 80, lo que después se bautizará como monólogo interior. No podemos olvidar tampoco cómo incorpora la Historia con mayúscula a las historias con minúscula, avanzando hacia la idea del realismo absoluto de su creación, revelando, al mismo tiempo, cómo el personaje-hombre está condicionado por el universo y anticipando el concepto unamuniano de intrahistoria (no sólo en los Episodios Nacionales sino en otra imagen de Fortunata: hermosa y desafiante cuando triunfa *La Gloriosa*, abandonada por Juanito Santa Cruz cuando la Restauración llega con Alfonso XII y muerta cuando se proclama la constitución monárquica de 1876).

En cuanto a su manera de abordar ese anacronismo político social que caracterizó la

vida española del siglo XIX, es llamativo comprobar cómo la evolución creadora de Galdós avanza paralelamente a su toma de conciencia política. En sus primeras obras, confía en la burguesía como clase que dirigirá el cambio social. Así, en sus "novelas de tesis" (Doña Perfecta, Marianela) no hay conflictos entre personajes reales sino entre las ideas que ellos encarnan, al tiempo que el autor interviene constantemente a favor de uno de ellos. Sin embargo, la situación política y social del país le hace comprender que la burguesía progresista ha traicionado el proyecto de cambio y Galdós critica duramente el sistema que ha terminado imponiendo.

Habrán quienes vean en Galdós a "don Benito el garbancero", como fue bautizado por Valle Inclán. (A propósito, convendría recordar que ambos fueron grandes amigos hasta que Galdós, en cierto momento director del Teatro Español, se negó a estrenar una obra de Valle por considerar que no iba a tener éxito comercial); quienes creen que fue un extremista político y anticlerical (los disturbios que provocó el estreno de Casandra fueron titulares de muchos periódicos); incluso quienes piensen que, en su último periodo creativo, impregnado de lo que algunos críticos llaman "socialismo evangélico", se le fue la olla. Pero lo que nadie puede poner en tela de juicio es que Galdós fue un hombre preocupado por los problemas sociales de su tiempo, y un literato consciente e innovador. Galdós no recibió un merecido premio Nobel que, por causas absolutamente extraliterarias fue a parar a manos de Echegaray pero, al día de hoy, ¿quién es capaz de recordar una sola obra de don José?... La justicia histórica, a veces, existe y los galdosianos nos complacemos de ello.

Los canarios, además, nos sentimos orgullosos de que nuestra tierra y nuestra cultura sean el origen de un escritor cuya obra continúa plenamente vigente y representa los valores que consideramos más nuestros y que esperamos que nos hagan avanzar en este siglo XXI que ahora iniciamos: apertura, modernidad, originalidad, solidaridad y compromiso activo con el tiempo que nos ha tocado vivir.